



Debate contemporáneo sobre Estudios Latinoamericanos*

Verónica Renata López Nájera**

La presente ponencia reflexiona sobre el estado actual de los estudios latinoamericanos en México, particularmente desde la perspectiva en que se abordan desde el Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, espacio desde el cual la producción de conocimiento desde, sobre y para la región, se ha desarrollado en condiciones relativamente privilegiadas respecto de los centros de investigación que, en el Cono Sur, experimentaron el freno que implicaron las dictaduras militares del ciclo expansivo 1964 (Brasil)-1976 (Argentina).

Por ello, mientras las dictaduras militares mermaban el proceso de institucionalización y profesionalización que se venía desarrollando en las ciencias sociales y las humanidades del Cono Sur desde la primera mitad del siglo XX, la UNAM se convirtió en trinchera y albergue de intelectuales, latinoamericanistas, científicos sociales, pensadores críticos que, en muchos casos, tuvieron que abandonar sus países de origen por la fuerza de la censura, la represión y la amenaza de muerte que pendía sobre ellos.

Esa particularidad de ser refugio y al mismo tiempo promotora de la reflexión latinoamericana, le confiere a la UNAM, y particularmente a los centros e institutos creados al calor del ambiente latinoamericanista en pleno ascenso de la década de los sesenta y setenta, la capacidad de enfrentar en condiciones particulares la “crisis de paradigmas” que para la década de los ochenta comienza a ser tema de reflexión en toda América Latina.

* Ponencia presentada en el encuentro *Diálogo Norte-Sur: Estudios Latinoamericanos*, realizado en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, noviembre 2006.

** Magíster, Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM, veronicarenat@hotmail.com, México.



Actualmente se considera que dicha crisis de paradigmas ha transitado hacia la instrumentación de nuevos temas y perspectivas de análisis. En este trabajo examino el estado actual de las corrientes teóricas latinoamericanistas a través de su expresión en los campos de conocimiento y las líneas de investigación que se desarrollan en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos.

El Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos atraviesa hoy día por un proceso de reformulación de sus campos de conocimiento. Este hecho es un reflejo, en el ámbito académico, de las readecuaciones que la propia Latinoamérica, como región, ha experimentado en los últimos treinta años, como de la renovación de los debates, paradigmas, teorías, temáticas, categorías, que acompañan los procesos de cambio histórico.

En ese sentido, se intentará responder a las siguientes interrogantes: ¿cuál es la *América Latina* que se perfila desde los estudios latinoamericanos que se forjan en nuestro posgrado?, ¿cómo se entiende y concibe la región desde las diversas áreas que constituyen el posgrado?, ¿cuáles son los temas que están presentes en la agenda de reflexión y cuáles están ausentes?, ¿cuáles son los principales aportes de cada campo de conocimiento?, ¿cuál es su proyección para la región en su conjunto?

Cabe señalar que las comunidades académicas de México, así como la reciente creación de centros de investigación, programas de posgrado y convenios de intercambio y colaboración, dan cuenta en extenso de la renovada y revitalizada forma de repensar a América Latina en el contexto de la globalización. Por ello, nuestro posgrado está interesado en fortalecer sus lazos con todas aquellas entidades académicas y de investigación enfocadas a la construcción de América Latina como objeto de estudio multidimensional e interdisciplinario, a la vez que subregional y particularizado.

Las nuevas corrientes de reflexión desde y sobre América Latina: los estudios poscoloniales, los estudios culturales y los estudios subalternos

A finales de la década de los setenta, la configuración latinoamericana se encontraba en plena fase de reestructuración; mientras la mayoría de los países del Cono Sur vivían bajo el yugo de las dictaduras militares, el modelo de sustitución de importaciones declinaba, la crisis del petróleo

impactaba a las economías de la región y anunciaba lo que vendría a ser la década perdida.

Para las décadas de los ochenta y noventa, el nivel de las transformaciones llegó al punto de los estudios poscoloniales, los estudios subalternos y los estudios culturales. Los tres parten del debate de la modernidad-posmodernidad y asumen al proceso de globalización como un hecho vigente, si bien complejo, instaurado en plenitud y desde el cual se tiene que posicionar América Latina para ser comprendida en este nuevo siglo. También, comparten la idea del fin del proyecto revolucionario en la región, de la crisis de los paradigmas y de las ciencias sociales y la necesidad de resemantizar las categorías ya sea occidentales o latinoamericanas, para comprender la actualidad.

a) Los estudios poscoloniales

La crítica radical al pensamiento occidental y al proyecto de la modernización ha tenido dos espacios centrales. Por un lado, desde el corazón de Occidente con autores como Foucault, Nietzsche, Heidegger, Derrida, entre otros; por *el otro*, desde América Latina con la *filosofía de la liberación* de Dussel, que sirve de base, entre otras líneas problematizadoras y articuladoras, para nuevas vertientes que surgen en la década de los noventa, las cuales parten de criticar el proyecto de la modernidad. Dichas vertientes son fundamentales ya que, localizadas fuera del espacio geográfico de occidente, han podido revelar los fundamentos del proyecto modernizante como plantean Castro-Gómez y Mendieta: “Las primeras víctimas de la modernidad no fueron los trabajadores de las fábricas europeas en el siglo XIX, ni tampoco los inadaptados franceses encerrados en cárceles y hospitales de los que nos habla Foucault, sino las poblaciones nativas de América, África y Asia, utilizadas como instrumentos (Gestell) a favor de la libertad y el progreso.”¹

Los discursos poscoloniales que a partir de la década de los noventa han cobrado fuerza en la región, parten del reconocimiento de la conquista como el primer momento, y la colonización como el segundo, de la legitimación de Occidente como portador del estandarte del progreso y la civilización: “Sin colonialismo no hay ilustración”, lo cual significa, como lo ha

1 “Introducción: La translocalización discursiva de Latinoamérica en tiempos de la globalización”, en Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, México DF, Miguel Ángel Porrúa, edits., 1988, p. 13.



señalado Enrique Dussel, que sin el *ego conquirro* es imposible el *ego cogito*. La razón moderna hunde genealógicamente sus raíces en la matanza, la esclavitud y el genocidio practicados por Europa sobre otras culturas.²

En el desarrollo de los estudios poscoloniales existe un conjunto de autores *clásicos*, como los caracteriza José Ramón Fabelo, entre quienes se encuentran Ranahig Guha, Gayatri Spivak, Homi Bhabha y Edward Said. Elaborada predominantemente por hijos de inmigrantes de las antiguas colonias británicas, la perspectiva de los estudios poscoloniales se desarrolla en sus orígenes –a finales de la década de los setenta y principios de los ochenta– sobre todo desde algunas universidades inglesas y norteamericanas. La obra de Said,³ particularmente en *Orientalismo*, se considera como la perspectiva inaugural de esta corriente. Para Fabelo, los supuestos de esta primera generación de teóricos son los siguientes:

Los teóricos poscoloniales clásicos, en sentido general, han pretendido esbozar una crítica al colonialismo, equidistante tanto de los discursos opresores de la Modernidad occidental, como del pensamiento emancipatorio y anticolonial tradicional. Este último, en su opinión, no rompe con el *estatus* epistemológico de la Modernidad europea y se articula en torno a la propia producción humanística y filosófica de esta última.⁴

Para el autor, la perspectiva de los estudios poscoloniales en los noventa se expresa en la creación del Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, que veremos en el siguiente apartado. Para los poscolonialistas, el conocimiento generado desde el Tercer Mundo ha sido colonial desde la misma gramática de la modernidad en la cual se forman y desde la cual se expresan. Por ello, se vuelve necesario “deconstruir” el discurso emancipatorio precedente, ya que “... tales estudios han servido como estrategias epistemológicas de subalternización ancladas en los paradigmas universalizantes de la Modernidad, que reproducen, a nivel del saber, las prácticas de dominio de la principal potencia después de la Segunda Guerra Mundial”.⁵

Por ello, se plantea que los discursos como el latinoamericanismo o la identidad latinoamericana como unidad, deben ser deconstruidos para dejar

2 *Ibíd.*

3 Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.

4 José Ramón Fabelo, “Del posmodernismo al poscolonialismo: ¿solución al caso latinoamericano?”, en *Dialéctica*, No. 32, año 23, México DF, Nueva época, 1999, p. 101.

5 *Ibíd.*, p. 103.

que se expresen las voces marginales, silenciadas por los saberes modernos. La única forma de superar el predominio del pensamiento occidental es oponiéndole la singularidad y la diferencia.

Así, Walter D. Mignolo propone utilizar el término *posoccidentalismo* en contraposición al de poscolonialismo como categoría para explicar el clima vigente en la región desde el siglo XIX hasta nuestros días, ya que “Para los pensadores de América Latina, el cruce y superposición de poderes imperiales se concibió no tanto en términos de colonización sino de occidentalización. Por esta razón, ‘posoccidentalismo’ –en vez de ‘posmodernismo’ y ‘poscolonialismo’– es una palabra que encuentra su lugar ‘natural’ en la trayectoria de pensamiento en América Latina.”⁶

Para el autor, la crisis de la modernidad encuentra como respuesta la emergencia de proyectos que la trascienden: el proyecto posmoderno desde el centro de Occidente, el proyecto poscolonial desde la India, el proyecto posorientalista desde Oriente y el proyecto posoccidental desde América Latina; proyectos que contribuyen a la restitución de las historias locales, desplazando las historias y epistemologías globales, al mismo tiempo que hacen frente a los llamados estudios de área, que no hacen más que continuar departamentalizando el conocimiento humano en pos de la colonización de los saberes. Para ello, asume la propuesta de Wallerstein de abrir las ciencias sociales a través de la interdisciplinariedad “La reorganización de la producción del conocimiento, desde una perspectiva posoccidentalista, tendría que formularse en una epistemología fronteriza en la cual la reflexión –filosófica, literaria, ensayística–, incorporada a las historias locales, encuentra su lugar en el conocimiento desincorporado de los diseños globales en ciencias sociales”.⁷

Para los pensadores de América Latina, el cruce y superposición de poderes imperiales se concibió no tanto en términos de colonización sino de occidentalización. Por esta razón, “posoccidentalismo” –en vez de “posmodernismo” y “poscolonialismo”– es una palabra que encuentra su lugar “natural” en la trayectoria de pensamiento en América Latina

6 Walter D. Mignolo, “Posoccidentalismo, el argumento desde América Latina”, en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*, p. 28.

7 *Ibíd.*, p. 44.



En otro artículo de la misma obra, entra al debate Eduardo Mendieta.⁸ El autor plantea cómo surge y se consolida la modernización para, como él aclara, develar la violencia epistémica en que el sujeto latinoamericano se vio envuelto tras la conquista y colonización, lo cual llevó a la negación u ocultamiento de su ser y cómo las clasificaciones, taxonomías, periodizaciones y demás formas de encuadrar la realidad, no hicieron más que ocultar la esencia del latinoamericano en su pretensión de explicarlo cuantitativamente:

Si lo anterior sirve de preámbulo, ¿a dónde quiero llegar? Aludo a una serie de taxonomías, tipologías, periodizaciones, clasificaciones, categorizaciones y compartimentaciones. Aludo al poder de demarcar fronteras que incluyen y/o excluyen a otros; a las “cartografías cognitivas geopolíticas” (...) que le imponen un patrón normativo al pensamiento, al mundo y a la gente fuera de sus continentes y de su historia, incluso fuera de sus propias vidas.⁹

Y más adelante devela la idea central de su concepción de la modernidad desde la cual se construyeron diversas formas de construcción-exclusión del mundo moderno, lo cual implicó el ejercicio de la violencia sobre las otras formas de conocer el mundo, ideas en torno a las que se desarrolla su pensamiento: “La arbitrariedad —y por tanto la contingencia— de las taxonomías y las clasificaciones que nos trazan tanto el mapa del mundo como el de la historia, se esconde tras del poder de un pronunciamiento cuya autoridad reposa en ese acto de violencia epistémica”.¹⁰

Apoyado en la *filosofía de la liberación*, Mendieta realiza una crítica al cristianismo, a la modernidad y a la posmodernidad a partir de los paralelismos entre éstos, para lo cual define a la posmodernidad de la siguiente manera:

...la posmodernidad no es otra cosa que la modernidad implementada por nuevos medios; y a menos que ésta sea complementada con la noción de poscolonialidad y con la crítica transmoderna sugerida por pensadores tales como Mignolo, Bhabha, Spivak, Zavala y sobre todo Dussel, la posmodernidad continuará siendo un instrumento de colonización y evangelización.¹¹

8 Eduardo Mendieta, “Modernidad, posmodernidad, poscolonialidad: una búsqueda esperanzadora del tiempo”, en *Teorías sin disciplina*, *ibíd.*

9 *Ibíd.*, p. 105.

10 *Ibíd.*

11 *Ibíd.*, p. 106.

El cristianismo, dice el autor, es la síntesis de la metafísica griega y la historia teleológica y providencial del judaísmo. Nace así la historia como proyecto de Dios, y la historicidad como realización de ese proyecto en la tierra, el tiempo cobra fundamental relevancia en dicho proyecto; de este proceso surge una *cronotología* del mundo moderno que se impone a otras posibles, eliminando los *loci* espacio-temporales de otras culturas. Así, se arriba a la modernidad a partir del tropo de la secularización de la historia divina. Modernización y progreso se convierten en imperativos de la modernidad a través de los cuales se concreta dicho proyecto histórico.

Así, la posmodernidad constituye una modernidad llevada al extremo, expresión negativa de la modernidad:

En resumidas cuentas, el cronotopo de la Cristiandad, tras el ropaje de sus diferentes cronogramas (evangelización, modernización, secularización y, más recientemente, fin de la historia y fin de los metarrelatos), se establece como el panóptico de la temporalidad (...) Dicho de otro modo, el cronotopo de la modernidad o la posmodernidad desterritorializa y reterritorializa las cartografías espacio-temporales del planeta según el cronómetro de la historia redentora, o de acuerdo con la linealidad temporal del desarrollo tecnológico, el progreso social y la integración en el mercado global.¹²

El discurso de la *filosofía de la liberación*, así como la poscolonialidad y la transmodernidad son los ejes fundamentales de la crítica e intento de superación de la cronotopografía de Occidente y su proyecto: la modernidad. La *filosofía de la liberación* considera al mundo desde una perspectiva vitalista en la cual Dios es un Dios de la vida que tiene al pobre como su *locus theologicus*; a través del pobre podemos comprender la diversidad de la existencia humana incluyendo, antes que excluyendo, a los diversos sectores que conforman a la humanidad.

Al mismo tiempo, la poscolonialidad y la transmodernidad nos llevan a reconocer las formas en que nuestra propia territorialización ha originado la desterritorialización de los demás, nos permite realizar una mirada marginal donde las diferentes dimensiones espaciales y temporales puedan ser contempladas simultáneamente.

Para el autor, lo importante es desenmascarar cómo nuestros métodos de cartografiar el tiempo y el espacio excluyen, colonizan y homogenizan la

12 *Ibíd.*, p. 111.



vida, el presente y el futuro. Lejos de pretender remontar a Occidente, el autor reconoce que pretender negar la modernidad sería afirmarla férreamente, de ahí que reconozca que pensar a Europa es pensar a América Latina, África y Asia como los espejos distorsionados en los que se proyecta tanto su otredad como la mismidad que le viene de Occidente. Así como Europa es una construcción, nuestras regiones periféricas también lo son y en ese sentido constituyen invenciones de una misma historia.

b) Los estudios subalternos

Otra perspectiva de los noventa para interpretar a América Latina es la elaborada por los estudios subalternos. Corriente heredera de los estudios subalternos generados en la India, los cuales se crearon como movimiento y grupo de estudio a finales de los años setenta; formado inicialmente por un grupo de jóvenes historiadores congregados en tono a la figura del historiador marxista Ranajit Guha en la universidad de Sussex:

El propósito de estas discusiones en Sussex era llegar a un acuerdo sobre una nueva agenda para la historiografía de la India, una agenda que reconociera la centralidad de los grupos subordinados –protagonistas legítimos pero desheredados– en la hechura del pasado, y con ello corrigiera el desequilibrio elitista de gran parte de lo que se escribía al respecto. Así nació Subaltern Studies...¹³

Los estudios subalternos constituyen una categoría crítica para cuestionar las formas dominantes de conocimiento eurocéntrico. Para el caso de América Latina, el subalterno antes que emerger, pues históricamente ha estado presente, se visibiliza en el contexto de la posmodernidad y la crisis de paradigmas, pues desde los tiempos de la Colonia, señala Mabel Moraña, ha estado presente como *el otro*:

La noción de subalternidad toma vuelo en la última década (1990 VL) principalmente como consecuencia de este movimiento de recentralización epistemológica que se origina en los cambios sociales que incluyen el debilitamiento del modelo marxista a nivel histórico y teórico. Mientras los sectores marginados y explotados pierden voz y representatividad política, afluye el rostro multifacético del indio, la mujer, el campesino, el “lumpen”, el vagabundo...¹⁴

13 Dube Saurabh, “Insurgentes subalternos y subalternos insurgentes”, en <http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/INSURGENTES%20SUBALTERNOS.pdf>

14 Mabel Moraña, *El boom del subalterno*, en <http://cholonautas.edu.pe/> Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales.

El Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, creado oficialmente en Estados Unidos en 1994, "... tiene como finalidad básica realizar una renovación poscolonial de los llamados 'estudios de área' norteamericanos, en particular, de los '*Latin American Studies*'".¹⁵ A este grupo pertenecen académicos como Walter Mignolo, John Beverley, Alberto Moreiras, Ileana Rodríguez y Norma Alarcón. En el manifiesto inaugural del grupo se expresa la necesidad de responder a las condiciones actuales de la globalización desde el reconocimiento del subalterno como participante activo en la dinámica de las sociedades y no como simple ente pasivo:

El trabajo del Grupo de Estudios Subalternos, una organización interdisciplinaria de intelectuales sudasiáticos dirigida por Ranajit Guha, nos ha inspirado a fundar un proyecto similar dedicado al estudio del subalterno en América Latina. El actual desmantelamiento de los regímenes autoritarios en Latinoamérica, el final del comunismo y el consecuente desplazamiento de los proyectos revolucionarios, los procesos de redemocratización, las nuevas dinámicas creadas por el efecto de los mass media y el nuevo orden económico transnacional: todos estos son procesos que invitan a buscar nuevas formas de pensar y de actuar políticamente.¹⁶

Es decir, el nuevo orden mundial lleva a la revalorización de paradigmas y categorías que han pasado a ser insuficientes para explicar la complejidad de las relaciones sociales y la velocidad con que ocurren los acontecimientos; al mismo tiempo, implica la reubicación del subalterno en el mapa geopolítico contemporáneo, ya que como afirman en su manifiesto:

...el subalterno no es pasivo, a pesar de la tendencia que muestran los paradigmas tradicionales de verlo como un sujeto "ausente" que puede ser movilizado únicamente desde arriba. El subalterno también actúa para producir efectos sociales que son visibles –aunque no siempre predecibles y entendibles– para estos paradigmas o para las políticas estatales y los proyectos investigativos legitimados por ellos.¹⁷

En su manifiesto inaugural, los subalternistas realizan una periodización para rastrear el nacimiento y desarrollo de los estudios subalternos. La pri-

15 José Ramón Fabelo, "Del posmodernismo al poscolonialismo: ¿solución al caso latinoamericano?", p. 102.

16 Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, "Manifiesto Inaugural", en *Teorías sin disciplina*, *Ibid.*, p. 70.

17 *Ibid.*, p. 71.



mera fase abarcaría de 1960 a 1968, período en el que la Revolución Cubana representó una recuperación parcial de la emergencia del subalterno con trabajos como el de Roberto Fernández Retamar. Su ensayo *Calibán* es un ejemplo de una nueva conceptualización de la historia y la identidad latinoamericana, proyecto que no solo influenció a los autores del *boom* literario como Vargas Llosa, Fuentes o García Márquez, sino también a los teóricos afiliados a la teoría de la dependencia como Gunder Frank, entre otros, lo cual viabilizaba la emergencia del subalterno: “Ambos grupos creían en la viabilidad de establecer en América Latina economías y sociedades que ‘rompieran’ radicalmente con las estructuras del sistema dominante; una ruptura que, al menos en teoría, dejaría campo para el protagonismo de los sujetos subalternos”.¹⁸

La segunda etapa va de 1968 a 1979 y está caracterizada por el fracaso del proyecto revolucionario en la región. Al mismo tiempo, con el Mayo Francés y la matanza ocurrida en la Plaza de Tlatelolco en la ciudad de México, emerge el estudiantado como nuevo actor social. En el ámbito cultural las reconfiguraciones llevaron a la emergencia de nuevos actores como mujeres, homosexuales, lumpen y prisioneros políticos, así como a formas de expresión como el documental y la corriente literaria cercana a la historia social. La introducción del posestructuralismo francés, el marxismo gramsciano y la escuela de Frankfurt sirvieron para desestabilizar los planteamientos del marxismo ortodoxo y los paradigmas de la modernización en esta etapa.

La tercera etapa, que se desarrolla durante los años ochenta trajo consigo interesantes cambios. La revolución nicaragüense y la teología de la liberación se convierten en fuentes importantes de estudio. Las palabras clave fueron “democratización”, “globalización” y los pos: posmodernidad, posmarxismo, poscapitalismo, posindustrial, entre otros. Comienzan las críticas de los estudios poscoloniales en América Latina, debido a que:

Se tenía la sensación de que las dinámicas políticas y culturales habían comenzado a funcionar en un contexto global que tornaba problemático el modelo centro-periferia de la teoría de la dependencia, así como las estrategias nacionalistas que lo acompañaban –el final del ciclo de crecimiento económico de los

18 *Ibíd.*, p. 73.

sesenta y la crisis del endeudamiento fueron, de hecho, los eventos económicos predominantes durante toda la década-.¹⁹

Al mismo tiempo es el período en que surgen los estudios culturales, los cuales presentan rasgos similares con los estudios subalternos. En general, desde ambas vertientes se parte del hecho de que se ha vuelto necesaria una reconceptualización que dé cuenta de las problemáticas actuales, superando las duplas conceptuales centro-periferia, subdesarrollo-desarrollo, dependencia-revolución, al tiempo que se rastrea la forma en que estos conceptos mudan, se desplazan y resignifican para dar lugar a nuevas categorías y paradigmas a la altura de las circunstancias que representa el siglo que comienza en el contexto de la globalización.

Para ello es indispensable repensar lo nacional, lo interno al margen del Estado, actualmente en transición, para dar paso a la interpretación del subalterno como categoría flexible, transmoderna:

La actividad del subalterno aparece ahora como “eruptiva”, como una ruptura con modelos tradicionales de movilización vertical y de control social que cuestiona las formas hegemónicas de representación y que obliga al Estado y a sus agentes –incluyendo a los profesores universitarios y a las instituciones de investigación científica– a negociar unas políticas sociales y de investigación que tengan en cuenta su propio proyecto de hacer historia.²⁰

Finalmente, el manifiesto concluye con la idea de no sobreponer el trabajo del intelectual académico al subalterno para volver a *cosificarlo* como objeto de estudio, sino partir de una relación entre seres humanos para intentar comprender mejor, interactuar con éste y lograr revalorar su posición.

c) Los estudios culturales

Desplegados en Gran Bretaña desde la segunda posguerra, los estudios culturales emergieron con fuerza en la década de los cincuenta como el ámbito académico desde el cual se resignificó el concepto de cultura, anteriormente enmarcado en una interpretación antropológica, más como sinónimo de civilización y cargado de connotaciones colonizantes, jerárquicas y de poder.

En el *Birmingham Centre for Cultural Studies* inicia la proliferación de los estudios culturales, los cuales nacen en diálogo con los nuevos mo-

19 *Ibid.*, p. 76.

20 *Ibid.*, p. 80.



vimientos sociales que emergen en los setenta: las consideradas “nuevas minorías” como los homosexuales, las feministas, los ecologistas, los movimientos por el reconocimiento de los derechos civiles. Además de servir como espacio privilegiado para la expresión crítica de las universidades progresistas en la década de los sesenta:

En el nacimiento de los estudios culturales, por lo tanto, había una coincidencia entre un proyecto izquierdista de trasladar la agenda de los sesenta a la universidad –criticar las disciplinas, democratizar estructuras, modificar requisitos, dismantelar el canon, crear nuevos espacios para trabajar con más libertad– y un proyecto neocapitalista de reforma y modernización educacional.²¹

Los principales autores que participaron de la génesis de los estudios culturales ingleses de los cincuenta fueron Raymond Williams, William Hoggart, Eduard P. Thompson y Stuart Hall. Desarrollaron una línea de interpretación, desde el marxismo crítico, de la literatura, el arte y otras prácticas culturales significativas. La cultura fue develada entonces como una esfera de lo social con una fuerte autonomía y capacidad crítica y multidisciplinaria.

La crítica y reconceptualización que se hace del término cultura es radical, ya que se realiza desde el marxismo. Así, cultura pasa a ser resignificada como una dimensión más del conjunto de lo real-social –como la económica, la política, la sociología– de la vida humana, desde la cual se pueden comprender mejor ciertos comportamientos hasta antes considerados intrascendentes para la comprensión de las sociedades. Desde la década de los ochenta los estudios culturales se convierten en el centro del cuestionamiento de las disciplinas establecidas: “Existía a comienzos de los ochenta un sentimiento general de que las humanidades estaban cansadas, ya no funcionaban como debían hacerlo tradicionalmente para producir subjetividades burguesas, ya no interesaba tanto el canon”.²²

Sin embargo, la carga crítica y la visión de clases que predominara en los formadores de esta vertiente se pierde al llegar a América Latina, en la década de los noventa, vía la academia norteamericana:

21 John Beverly, *Sobre la situación actual de los estudios culturales*, en <http://cholonautas.edu.pe/modulo/upload/bever.pdf>

22 *Ibíd.*

Los “estudios culturales” cruzaron entonces el océano, pero su llegada a las costas norteamericanas los transformó completamente: en los Estados Unidos el enfoque cultural abandonó la perspectiva clasista y la mirada crítica hacia el capitalismo. Dejando de lado la tradición inaugurada por R. Williams, la nueva teoría se desplazó hacia la búsqueda de prácticas sociales y culturales periféricas y fragmentarias, a las que se atribuyó un potencial transgresor y contestatario de las formas consagradas de identidad cultural. De este modo, en el decenio del noventa, el desplazamiento de los “estudios culturales” desde Europa hacia los Estados Unidos derivaría en el predominio de un nuevo discurso teórico: el del multiculturalismo.²³

Para América Latina, los principales autores ubicados en el marco de los estudios culturales son Néstor García Canclini, Renato Ortiz, Jesús Martín Barbero, Beatriz Sarlo, entre otros. Para estos autores, en tiempos de crisis de paradigmas, de intensas transformaciones, de globalización y aceleración de la temporalidad histórica, es evidente que solo desde el ámbito de la cultura se pueden comprender las mutaciones, en su nivel de representación y expresión de lo social-simbólico y de forma interdisciplinaria.

Los estudios culturales proponen una aproximación globalizadora a los fenómenos culturales, diseñan lo que García Canclini denominaría un campo transdisciplinario en tanto respuesta no solo a las debilidades y las crisis de las diversas disciplinas, sino también como un intento de explorar los intersticios interdisciplinarios, aprehendiendo aquellos fenómenos que desbordan los marcos tradicionales de las disciplinas.²⁴

La cultura sería entonces la forma de expresión más acabada e integral de la sociedad humana. Por ello, los estudios culturales son dinámicos, pero también excesivamente laxos. Todo entra o es susceptible de ser interpretado desde una perspectiva cultural. La multiculturalidad es otra expresión de los estudios culturales, otro de los grandes temas, particularmente aquellos elaborados desde América Latina debido a que representan una realidad histórica en la región: la diversidad cultural que nos ha caracterizado y nos caracteriza.

23 Estela Fernández Nadal, “Los estudios poscoloniales y la agenda de la filosofía latinoamericana actual”, en *Herramientas*, No. 24, Buenos Aires, 2003.

24 Carlos García Bedoya, “Los estudios culturales en debate: una mirada desde América Latina”, en *Revista de crítica literaria latinoamericana*, año XXVII, No. 54, Lima-Hanover, 2o. semestre 2001, p. 210.



Los estudios culturales latinoamericanos se dividen en aquellos realizados *desde* América Latina y los que se hacen *sobre* América Latina en las universidades de los países centrales, particularmente en Estados Unidos.

Los estudios culturales se constituyen eminentemente transdisciplinarios; anclados en la importancia del lenguaje y reforzados por la idea de que desde la cultura se puede estudiar absolutamente todo. De ahí que, más que un conjunto de disciplinas, estos estudios constituyen un campo de problematización desde donde lo mismo se analiza la repercusión de las telenovelas como el impacto de Internet en las formas de relación interpersonal, la música, el cine, el *performance*, y todo aquello que exprese las representaciones simbólicas de lo social.

Los estudios culturales son ambiguos,²⁵ porque su ambivalencia permite que se puedan elaborar propuestas tanto hegemónicas como contrahegemónicas. De ahí su deficiencia central. Otro de sus flancos débiles consiste en la despolitización que han experimentado debido a su institucionalización.

Lo interesante de todas estas nuevas perspectivas de hacer estudios latinoamericanos desde la cultura es la preocupación epistemológica implícita y explícita en las elaboraciones teóricas, donde América Latina se presenta como un problema-objeto de conocimiento y en proceso de construcción. Sin embargo, como bien señala Néstor García Canclini respecto a las deficiencias de los estudios culturales:

...la enorme contribución realizada por los estudios culturales para trabajar transdisciplinariamente y con procesos interculturales –dos rasgos de esta tendencia– no va acompañada por una reflexión teórica y epistemológica. Sin esto último, puede ocurrir lo que tantas veces se ha dicho de los estudios literarios, del folclor y de otros campos disciplinarios: que se estancan en la aplicación rutinaria de una metodología poco dispuesta a cuestionar teóricamente su práctica.²⁶

Si bien los estudios culturales, como ya mencioné, pueden hacer aportaciones significativas para analizar y reflexionar sobre aspectos no considerados con anterioridad por los saberes hegemónicos, también es necesario considerar las implicaciones a nivel epistemológico en cuanto a contenidos, pues la dispersión y fragmentación de los temas abordados desde la pers-

25 John Beverley, *Sobre la situación actual de los estudios culturales*, en <http://cholonautas.edu.pe/modulo/upload/bever.pdf>

26 Néstor García Canclini, “El malestar en los estudios culturales”, en *Fractal*, revista trimestral, <http://www.fractal.com.mx/F6cancli.html>

pectiva de los estudios culturales, pueden llevar a la carencia o ausencia del análisis de las relaciones con la complejidad de lo real-social, perdiéndose en el tema abordado, pero sin referente histórico y teórico.

Lo primero que habría que decir respecto a estas tres novedosas vertientes de ver y entender a América Latina, es que no existe un consenso en cuanto a sus diferencias y supuestos, ya que comparten fundamentos tales como la crítica a la razón moderna y con ello, la aceptación de la posmodernidad como nueva era; el reconocimiento de la emergencia de los “subalternos” como sujetos negados de la historia universal; la necesidad de resignificar y resemantizar los conceptos con los cuales se realiza el análisis; pero sobre todo, y significativamente, la fragmentación y lo etéreo de sus planteamientos.

Lo anterior no significa que no sean vertientes importantes para el análisis social, por el contrario, han puesto en los debates de la academia latinoamericana la necesidad de reconocer la diferencia, lo heterogéneo y las discontinuidades que han caracterizado al desarrollo de Nuestra América.

El problema es que dejan de lado aspectos elementales del análisis social como el hecho de que aun reconociendo la diferencia, éste no supera las desigualdades y las contradicciones que el sistema capitalista genera en su devenir. Además, se olvida o se ignora que el problema de la definición de la identidad latinoamericana tiene ya una larga data, que se ha modificado y problematizado en diversos momentos de nuestra historia, y que el pensamiento latinoamericano es heterogéneo y dinámico.

Por último, su lugar de enunciación son los supuestos de la globalización y la posmodernidad, ya sea que la asuman críticamente o la asimilen sin previa revisión.

Conclusiones

Después del breve balance realizado, sugerimos que un análisis más profundo, detallado y en colectivo puede permitirnos observar con mayor claridad los cambios epistemológicos que se han registrado en América Latina, particularmente en el complejo contexto que se viene experimentando desde la década de los ochenta del siglo XX.